

LOS JEFES DE GUERRA EN EL ÁREA CÉLTICA. UNA APROXIMACIÓN HISTORIOGRÁFICA Y ALGUNOS EJEMPLOS ENTRESACADOS DE LAS FUENTES (HISPANIA Y GALIA)

THE CHIEFS OF WAR IN THE CELTIC AREA. A HISTORIO- GRAPHIC APPROXIMATION AND SOME EXAMPLES SE- LECTED OF THE SOURCES (ROMAN SPAIN AND GALIA)

EDUARDO PITILLAS SALAÑER *

Resumen:

En el contexto de la conquista de Hispania y Galia por Roma, aunque en este último caso se tratara de una empresa personal de César, futuro dictador y, especialmente, en el marco de frecuentes razzias entre pueblos habitualmente enfrentados entre sí, habrían proliferado los jefes militares, auténticos señores de la guerra. En este artículo se hace una revisión historiográfica sobre tales cuestiones y, singularmente, sobre los jefes de guerra, cuyos protagonistas recibieron de los historiadores clásicos, según escribieran en griego o en latín, denominaciones diversas.

Abstract:

In the context of the conquest of Roman Spain and Galia for Rome, though in the latter case it was a question of a personal project of César, future dictator and, specially, in the frame of frequent razzias between peoples habitually faced up each other, there would have proliferated the military chiefs, authentic masters of the war. In this article a historiographic review is done on such questions and, singularly, on the chiefs of war, which protagonists received of the classic historians, as they were writing in Greek or in Latin, diverse names.

PALABRAS CLAVE: Aristocracia ecuestre, jefe de guerra, confederación tribal, total de combatientes, táctica y logística.

KEY WORDS: Equestrian aristocracy, chief of war, tribal confederacy, total combatants, tactics and logistics.

I

Hace un tiempo hice una somera incursión¹ en este mismo asunto. La lectura de un nuevo artículo de un investigador² que ha dedicado un notable esfuerzo a estas cuestiones me ha llevado ahora, de nuevo, a retomarlas.

* epitillass@hotmail.es

¹ E. Pitillas Salañer, “Jefaturas indígenas en el marco de la conquista romana en Hispania y la Galia”, *HAnt.*, XXI, 1997, 93-108.

² J. Muñiz Coello, “Rango y contienda. La cuestión del poder entre los celtas”, *Gerión*, 27, 1, 2009, 297-329.

La pregunta que aquí formulo gira en torno a la *naturaleza* de ese mismo poder, la de aquellos líderes que aglutinaron determinadas entidades étnicas que se enfrentaron a Roma, la mayor potencia militar de Occidente, una vez finalizada la II Guerra Púnica en Hispania (218-206 a. C.) y expulsado Cartago, principal estado enemigo.

En su último trabajo, mencionado *supra*, tal autor ha realizado un extenso análisis comparativo en el que acude tanto a las fuentes literarias antiguas (con numerosos ejemplos expuestos en notas) como a la etnografía (con otros tantos tomados de poblaciones indígenas norteamericanas y australianas preferentemente). La cuestión no deja de ser compleja, al establecer similitudes entre instituciones y modos de vida separados en el tiempo. Además, se ha de considerar el hecho de que las propias fuentes grecolatinas hagan su propia interpretación de la realidad indígena, de pueblos que fueron contemplados bajo la óptica del conquistador³, frente a los que se consideraba superior, y a los que veía bajo el prisma deformante del bárbaro o semi-bárbaro⁴.

De ahí que tales planteamientos no estén exentos de indefinición y que, a pesar de la fuerte carga especulativa que conlleva este tipo de análisis deductivo no deja, por ello, de tener interés. Quizá el problema principal que presenta un análisis comparativo histórico-antropológico sea —precisamente— la distancia entre formas indígenas primitivas o semi-primitivas (extra-europeas), propias del siglo XIX, en pleno apogeo del imperialismo colonialista⁵, con costumbres y modos de vida de hace más de dos mil años, y de los que estamos informados de un modo parcial por fuentes que son las del conquistador y, obviamente, nunca las del conquistado⁶.

La apreciación anterior, el hecho de que se trate de fuentes de historiadores griegos y romanos, evita repetir lo que resulta evidente: que las fuentes son unilaterales y parciales. Pero tal cuestión no implica, en modo alguno, que debamos prescindir de ellas, pues en tal caso⁷, nada tendríamos. Por ello es necesario tener en cuenta que en los relatos literarios prima lo épico y resulta obli-

³ Vid., entre otros: F.J. Lomas, “Civilización y barbarie. A vueltas con la romanización”, *La Romanización en Occidente*. José María Blázquez y Jaime Alvar (Eds.), Madrid, 1996, 45 y ss. F.J. Guzmán Armario, “El “relevé de la barbarie”: la evolución histórica de un fecundo arquetipo clásico”, *Veleia*, 20, 2003, 331-340.

⁴ Aunque no deba ponerse en duda la distancia cultural entre ambos colectivos (romanos e indígenas), a pesar de los intentos también deformantes (aunque sea desde el supuesto punto de vista del *otro*) de cierta publicación reciente: T. Jones y A. Ereira, *Roma y los bárbaros. Una historia alternativa*, Barcelona, 2008.

⁵ Por eso en algunos casos se prefiere no comparar el imperio romano con el imperialismo decimonónico, ni siquiera emplear el término “imperialismo”.

⁶ K. Hopkins, “La Romanización: asimilación, cambio y resistencia”, *La Romanización en Occidente*. José María Blázquez y Jaime Alvar (Eds.), Madrid, 1996, 19.

⁷ Y desde una perspectiva excesivamente radical, de la que participan algunos investigadores que conceden más fe a los registros arqueológicos.

gado separar, en la medida de lo posible, los datos “objetivos” de aquellos otros que podemos calificar como arquetipos⁸.

II

Hechas estas apreciaciones generales podemos pasar al aspecto principal, el de aquellos estudios que han tratado últimamente cuestiones relativas a las jefaturas, fueran de índole monárquica o, simplemente, militar. Me ceñiré, no obstante al área céltica o indoeuropea, dejando de lado la ibérica⁹. En esta última y en el espacio turdetano, en toda la fachada costera mediterránea, y mas allá del enclave gibraltareño hasta la costa onubense, es donde grosso modo ha podido darse algún tipo de sistema basado en fórmulas monárquicas, de consejos ciudadanos (como en *Saguntum*) o de *principes* (aristocracia militar) que pudieron encabezar algún tipo de confederaciones poliadas.

El estudio mas antiguo, de comienzos de la época de los años setenta (1971) del siglo pasado, fue el de Caro Baroja¹⁰. F. Presedo¹¹ apuntó, en la década siguiente, la transformación de los colectivos ibéricos en función de la presencia de enclaves y factorías greco-púnicas y el consiguiente proceso de aculturación. En el ámbito ibérico los últimos estudios en relación a las aristocracias indígenas son de finales de la década de los noventa¹². A éstos posteriormente se añade otro más reciente sobre el contexto general del enfrentamiento entre las potencias de la época: cartagineses, romanos e indígenas¹³.

El primero que señaló la disparidad de términos utilizados por los historiadores, según emplearan el latín o el griego (dado que ésas fueron, en todo momento, las dos lenguas vehiculares del mundo romano), al referirse a soberanos o caudillos militares, fue R. López Domech¹⁴. Para este autor cabe hablar más

⁸ F.J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1995.

⁹ Ténganse en cuenta las apreciaciones sobre las diferencias entre el área ibérica y la céltica, no siempre equiparables, dado que frecuentemente se incurre en el error de establecer paralelismos abusivos: F. Quesada Sanz, “Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto (Espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales)”, *Actas reunidas y presentadas por Ángel Morillo, François Cadiou y David Hourcade*, Universidad de León/Casa Velázquez, 2003, 103 y ss.

¹⁰ “La realeza y los reyes en la España Antigua”, *Ciclos y temas de Historia de España: España Antigua*, Madrid, 1986 (Cuadernos de la Fundación Pastor, 17, 1971), 135-223.

¹¹ “Organización política y social de los iberos”, *HEA*, I, Madrid, 1983, 183 y ss.

¹² N. Coll y I. Garcés, “Los últimos príncipes de Occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos”. *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 1998, 437-446. A. Ruiz Rodríguez, “Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales”, *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 1998, 285-300.

¹³ Concretamente, para el caso de jefes y caudillos, con la habitual terminología (griego y latín): F. Gracia Alonso, Roma, *Cartago, Íberos y Celtíberos. Las grandes guerras en la península Ibérica*, Barcelona, 2003, 47 y ss.

¹⁴ “Sobre reyes, reyezuelos y caudillos militares en la Protohistoria hispana”, *Studia Historica*, IV-V, 1, 1986-87, 19-22.

de caudillos militares que de reyes¹⁵. En algún caso observamos un poder no único sino compartido (sinarquía), como el de Indíbil/Mandonio¹⁶, Budar/Besadines¹⁷ o Ambón/Leucón¹⁸. En relación a los caudillos ilergetes esta cuestión ha sido matizada recientemente en la línea de un papel más secundario y diplomático para Mandonio, nunca comparable al liderazgo militar detentado por Indíbil¹⁹, su hermano menor.

Otros trabajos que tocaron, aunque colateralmente, los aspectos referidos a estas mismas cuestiones fueron, en referencia a un contexto europeo amplio²⁰ y al factor de “etnogénesis”, el de L. A. García Moreno²¹ y, posteriormente, para celtíberos (y lusitanos) centrandolo el asunto básicamente en la polarización (guerra-paz) y en dos segmentos de edad (*iuvenes-seniores*), el estudio de P. Ciprés²². Sobre si tales mandos respondían al modelo antropológico de “sociedades de jefatura”, se preguntaban los autores de una obra ya citada más arriba²³.

Pero el que más ha tratado estos aspectos, en la década de los años noventa del siglo pasado, ha sido J. Muñiz Coello²⁴ y, últimamente ha vuelto sobre ello²⁵. Resulta, por lo demás, interesante la apreciación final que hace este investigador sobre un aspecto en el que tercian más las dudas y preguntas que lo que se puede asegurar firmemente: las fuentes nos presentan un panorama variopinto, inestable y cambiante²⁶. Ese parece ser el carácter de la jefatura entre los celtas: limitada,

¹⁵ *Id.*, *Ibidem*, 22.

¹⁶ J.M^a Triviño, “Indíbil. Un reyezuelo ibérico en la encrucijada de dos imperialismos”, *CHE*, XXIII-XXIV, 1955, 277.

¹⁷ Régulos vencidos en Turba (Turdetania) en el 196 a. C. por el magistrado *Q. Minucius Termo*. T. Livio, XXXIII, 44, 4-5.

¹⁸ App., *Iber.*, 46.

¹⁹ P. Moret, “Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio”, *CuPAUAM*, 28-29, 2002-2003, 26-29.

²⁰ Aplicando la hipótesis del “sistema económico mundial” en el que la Celta suministraba materias primas de valor (metales preciosos y ámbar) y mercenarios (con Roma, soldados auxiliares) a las sociedades polizadas más avanzadas (etruscos, griegos y romanos). Así los pueblos celtas habrían experimentado una importante transformación en sus estructuras sociopolíticas. L.A. García Moreno “Organización sociopolítica de los celtas en la Península Ibérica”, *Los celtas: Hispania y Europa*, Actas de El Escorial, Madrid, 1993, 339 y ss.

²¹ *Id.*, *Ibidem*, 344.

²² *Guerra y sociedad en la hispania indoeuropea*, Vitoria, 1993.

²³ En la línea de las hipótesis de Service/Carneiro: F.J. Gómez Espelósín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1995, 146 y ss.

²⁴ “Instituciones políticas celtas e ibéricas. Un análisis de las fuentes literarias”, *Habis*, 1994, 91-105. *Id.*, “Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la península Ibérica”, *Homenaje al Prof. Presedo*, Sevilla, 1995, 283-296. *Id.*, “Guerra y Paz en la España celta. Clientes y hospites a la luz de las fuentes literarias”, *HAnt.*, XIX, 1995, 15-36. *Id.*, “Los miembros de la asamblea celta. Notas para su estudio”, *Iberia*, 3, 2000, 226 y ss.

²⁵ *Vid.*, nota 2.

²⁶ “Hasta aquí el análisis de los textos. Tras él, el historiador entiende la mezcla de curiosidad, escepticismo y distanciamiento de los relatos griegos y latinos. Jefes que no mandan y a los que nadie obedece, ancianos a los que hoy todos escuchan y respetan y al día siguiente, ultrajan

incierta, coyuntural y precaria, siempre dependiendo de la habilidad del que la detenta y contando con apoyos escurridizos, que era necesario ganar día a día²⁷.

Finalmente, en una obra de carácter general²⁸ también se ha tratado esta misma cuestión de las jefaturas.

III

La utilización de términos diferentes²⁹, a la hora de designar este tipo de jefaturas no sólo varía de unos autores a otros (escriban en griego [Polibio, Apiano, Diodoro, Estrabón, Dión...] o latín [T. Livio, Floro...]) sino que un mismo autor puede emplear términos distintos según sea el contexto al que se está refiriendo, especialmente cuando un líder indígena pasa de amigo a enemigo, como ocurre en el caso de los conocidos jefes *ilergetes Indibilis* y *Mandonius*³⁰.

La institución de la monarquía, sólo aplicable al área de la cultura ibérica (con el precedente meridional tartésico) parece que desaparece entre mediados del siglo V y comienzos del IV a. C, siendo sustituida por la nobleza militar³¹. Para el área celta, grosso modo, no cabría hablar mas que de jefaturas militares, aunque no en todos los casos, ya que habría que distinguir entre aquellos que detentaban una función estrictamente militar y otros (como *principes*³² o *notables*³³) que pudieron desempeñar un papel más diplomático³⁴ que bélico.

Tomando el caso de Indibil³⁵, este último ha sido designado de modos bien diferentes: *basileus* (Pol., *Hist.*, X, 18, 17), *regulus* (también Mandonio, T. Li-

y ejecutan, y amorfas multitudes, ajenas a las leyes y el derecho, peor aún que el plezo de Cleón o la plebe de Clodio, que tan pronto se pliega a la autoridad de sus líderes, como se alza, arrastra o suprime a cuantos antes había encumbrado. Demasiadas incongruencias para observadores que analizan con ojos modelados por siglos de instituciones y jerarquías.”: J. Muñiz Coello, “Rango y contienda. La cuestión del poder entre los celtas”, *Gerión*, 27, 1, 2009, 329.

²⁷ Id., “Rango y contienda. La cuestión del poder entre los celtas”, *Gerión*, 27, 1, 2009, 308.

²⁸ *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica vol II. La Iberia prerromana y la Romanidad*, Eduardo Sánchez-Moreno (coord.) Joaquín L. Gómez-Pantoja, Madrid, 2008, 222 y ss.

²⁹ Básicamente: *basileus*, *basiliskos*, *dinastés*, *tyranos* (*turannos*), *strategós* (en griego); *rex*, *regulus*, *dux*, *imperator*, *princeps* (en latín).

³⁰ De denominarlos *omnis Hispaniae principes* (XXVII, 17), Livio pasa a calificarlos de *latrones latronumque duces* (XXVIII, 32): P. Moret, “Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio”, *CuPAUAM*, 28-29, 2002-2003, 24.

³¹ F. Gracia Alonso, Roma, *Cartago, Íberos y Celtíberos. Las grandes guerras en la península Ibérica*, Barcelona, 2003, 47 y ss.

³² J. Muñiz Coello, “Instituciones políticas celtas e ibéricas. Un análisis de las fuentes literarias”, *Habis*, 25, 1994, 93.

³³ Este sería el caso, entre otros, el de Avaro(s), el notable numantino cuya negociación de última hora con Escipión Emiliano fracasa (App., *Iber.*, 95).

³⁴ E. García Riaza, *Celtíberos y lusitanos frente a Roma: diplomacia y derecho de guerra*, Vitoria, 2002. VV.AA., *De fronteras a provincias. Interacción e integración en Occidente (ss. III-I a. C.)*, Enrique García Riaza (ed.), UIB, 2011.

³⁵ E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 182.

vio, XXII, 21, 3), *princeps* (también Mandonio, T. Livio, XXVII, 17, 3) y *tyranos* (*turannos*) [Pol., *Hist.*, III, 76, 4-5]³⁶. El término *basileus* (y su equivalente latino *rex*³⁷) implica un poder máximo, al estilo de las monarquías helenísticas. El término latino *regulus* encierra una valoración secundaria e incluso despectiva, a la que se le quita legitimidad y se contempla al nivel de barbarie³⁸. El empleo de *latro*³⁹ va en el mismo sentido de desprecio y deslegitimación, ya que los que están al margen de la ley, y no se ajustan al *bellum iustum*, están inmersos en el bandolerismo⁴⁰.

El hecho de que Polibio designe a Indíbil con los términos tirano (*turanos*) y rey (*basileus*), aunque supone a simple vista una contradicción, ya que implica, en el primer caso, un poder irregular obtenido por medio de la fuerza, parece que encierra a su vez una función militar (jefe o caudillo que se apoya en un colectivo armado) o dirigente (*strategós*) de una tropa de mercenarios⁴¹. A Indíbil también se le califica de *dinastés*⁴², de menor rango que *basileus*, término que también se le aplica al edetano Edecón (Pol., *Hist.*, X, 34-35 y 40, 43).

Los ejemplos se podrían multiplicar pero no parece apropiado⁴³ seguir por ese camino ya que cada investigador valora (como resulta, en cierta medida, comprensible), y difiere en la aplicación de un término u otro en función del contexto (literario e histórico) de cada fuente.

El empleo de términos tales como monarquía, realeza, tiranía u otros, en su etimología griega, encierran problemas de cierto calado. En todas sus variantes estamos ante una manifestación de poder personal. Las monarquías (como gobierno de uno solo) aparecen entroncadas con el concepto de soberanía (*basileia*),

³⁶ F. Gracia Alonso, Roma, *Cartago, Íberos y Celtiberos. Las grandes guerras en la península Ibérica*, Barcelona, 2003, 48-49.

³⁷ Culchas, quien ejercía un poder (206 a. C.) sobre veintiocho *civitates* (simples *oppida*), calificado así por T. Livio, XVIII, 13, 3. Su coaligado en el 197 a. C. era Luxinio que lo hacía sobre dos urbes, *Cardo* y *Bardo* (T. Liv., XXXIII, 21, 6). Para entonces el poder de Culchas había disminuido y sólo controlaba diecisiete *civitates*.

³⁸ P. Moret, "Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio", *CuPAUAM*, 28-29, 2002-2003, 25.

³⁹ E. Sánchez Moreno, "Ex pastore latro, ex latrone dux... Medioambiente, guerra y poder en el occidente de Iberia", Ñaco del Hoyo, T. y Arrayás Morales, I (eds.): *War and territory in the Roman World (guerra y territorio en el mundo romano)*. (British Archaeological Reports. BAR International Series, S 1530), Oxford, 2006, 55-79. Valoración de las jefaturas guerreras desde la triple interpretación medioambiental y agropecuaria (señales de ganado, pastores), jefes de razias (*latrones*) y de guerra (*duces*) en el contexto de la intervención romana.

⁴⁰ *Vid.*, entre otros: O. Lapeña Marchena, "Espartaco y el fenómeno del bandolerismo social", *Habis*, 36, 2005, 145 y ss. E. Gosalbes Cravioto, "Las formas del bandolerismo en el Occidente romano (siglos I al III). Algunas lecturas al respecto", Gonzalo Bravo y Raúl González Salinero (editores), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, 2007, 307-332.

⁴¹ Resumen aquí a un autor ya citado *supra*: F. Gracia Alonso, Roma, *Cartago, Íberos y Celtiberos. Las grandes guerras en la península Ibérica*, Barcelona, 2003, 49.

⁴² *App., Iber.*, 37, D. Cass., *Frag.*, 57, 42. *Id.*, *Ibidem*, 48.

⁴³ *Vid.*, tabla según su posición (como aliados o enemigos) en T. Livio: P. Moret, "Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio", *CuPAUAM*, 28-29, 2002-2003, 24.

que tiene un entronque oriental (persa). La tiranía emerge, unas veces, como resultado del conflicto entre oligarquías competitivas, en las que uno de sus miembros se hace con el control del poder o, en otros casos, como expresión de la degeneración del *dêmos*, lo que conduce a un poder que tiende rápidamente hacia la arbitrariedad (en su selección equivocada que hace de sus apoyos el tirano se rodearía de los más indeseables...). Y aunque resulte complejo, de forma unívoca, diferenciar realeza de tiranía, el primero de tales términos conserva un sentido positivo, basado en la razón y en la aceptación libre de los súbditos, mientras que la tiranía, sea cual fuere su procedencia (como derivación de las luchas oligárquicas o como descomposición de la democracia), encierra otra de naturaleza negativa, con una fuerte carga de ilegitimidad, apoyada en el ejercicio del terror político y que, por fuerza, suscita odio y rechazo. Y en algún caso aunque se hablara de malos o buenos tiranos, tales términos han tenido desde el mundo griego (en contacto con Oriente) un significado bien distinto, según se han acercado a ellos historiadores, filósofos e incluso autores teatrales (como refleja la tragedia griega)⁴⁴. El mítico Argantonio ha sido calificado de modo ambivalente, por el hecho de detentar un poder basado tanto en la realeza (*basileia*) como en la tiranía⁴⁵. Es el propio Polibio⁴⁶ el que diferencia entre realeza aceptada como poder legítimo y la tiranía como algo basado en la opresión. Es posible que el propio Polibio empleara el término tirano cuando se estaba refiriendo a un jefe militar que apoyaba su poder en guerreros o mercenarios⁴⁷.

En resumen, no parece posible, aunque pueda establecerse cierto paralelismo entre términos griegos y latinos (*basileus/ rex; dinastés/ regulus; turanos-strategós/ dux-imperator...*), llegar a una conclusión definitiva en la atribución de unas u otras funciones, aunque éstas puedan explicarse dentro de un contexto literario. Ello quizá nos obligue a buscar por otro lado y tener en cuenta más el contexto general en el que tales colectivos se movían (ss. III a. C., en adelante), en su enfrentamiento con y contra cartagineses y, luego, con y contra romanos. Así Iberia se ve envuelta en la guerra de dos superpotencias (Roma y Cartago) que dirimen su hegemonía. El resultado es que los colectivos indígenas fueron, a su pesar, subyugados por las potencias de la época y al final acabaron perdiendo su “libertad”⁴⁸.

⁴⁴ Vid., D. Plácido Suárez, “Las formas del poder personal: la monarquía, la realeza y la tiranía”, *Gerión*, 2007, 25, 1, 127-166.

⁴⁵ Id., *Ibidem.*, 143.

⁴⁶ *Hist.*, V, 11, 6 y VI, 3, 10, VI, 4, 2.

⁴⁷ D. Plácido Suárez, “Las formas del poder personal: la monarquía, la realeza y la tiranía”, *Gerión*, 2007, 25, 1, 155.

⁴⁸ La pérdida de la libertad es el arquetipo que utilizan especialmente el historiador alejandrino Apiano para significar la lucha de aquellos pueblos que acabaron sometidos por Roma (y de sus líderes, como es el caso sobremanera de Viriato), y responde a un lugar común que no necesariamente ha de ser infravalorado. M. Pastor Muñoz, *Viriato. La lucha por la libertad*, Madrid, 2000. Id., *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid, 2004. Este recurso

IV

Posiblemente tengamos que recurrir especialmente al contexto histórico a la hora de deducir de qué tipo de mandos o jefaturas hablamos. Si consideramos que la fórmula monárquica habría podido desaparecer incluso del área ibérica, y que era más bien algún tipo de elite aristocrática la que se habría hecho cargo del control social y militar de aquellos colectivos, el panorama sería semejante en el área céltica⁴⁹, salvadas las distancias⁵⁰. Desde este punto de vista juega un papel importante la masa de hombres en edad militar (la *iuventus*), aunque no sea apropiado reducirlo todo a una clasificación excesivamente primitivista y polarizada (*iuvenes/seniores*), como única explicación de aquel tipo de sociedades que, desde una organización gentilicia, tienden a formas políticas más complejas y donde el papel de los *oppida* pudiera ser relevantes⁵¹. Así los componentes étnicos, sin dejar de ser una realidad, estarían en proceso de modificación en función del desarrollo de determinados enclaves urbanos (como la propia *Segeda*, la *Secaiza* de las acuñaciones monetales).

Para comprender la naturaleza de ese poder es preciso no perder de vista el propio proceso histórico y el contexto en el que se desarrollaron las poblaciones hispanas, independientes hasta ese momento, al verse involucradas en el juego político de las grandes potencias de la época (Cartago y Roma). Según conveniencia y con la experiencia de haber participado anteriormente como mercenarios de griegos y cartagineses⁵², los colectivos hispanos se vieron arrastrados, colateralmente al comienzo y directamente después⁵³, dentro del conflicto Roma-Cartago, una vez

parece ser cosecha propia del autor, que no se comporta como un simple compilador, sino que en muchas ocasiones muestra, sin por ello dejar de reconocer su fidelidad al imperio, manifiestas simpatías hacia los vencidos, especialmente cuando destaca los abusos y crueldades romanas que no silencia. Sobre esta cuestión: F. J. Gómez Espelosín, “Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano”, *Gerión*, 2009, 27, 1, 237 y ss. De este mismo autor *vid.*, también: “La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico”, *Habis*, 24, 1993, 105-124.

⁴⁹ Y donde además, hacia el s. IV a. C., se habría consolidado una caballería de jinetes “masiva” no aristocrática: M. P. García-Gelabert Pérez, “La caballería entre los pueblos de la Hispania prerromana”, *Homenaje al Profesor Montenegro, Estudios de Historia Antigua*, Universidad de Valladolid, 1999, 193-203. M. Almagro-Gorbea, “Ideología ecuestre en la Hispania Prerromana”, *Gladius*, XXV, 2005, 151-186. E. Sánchez Moreno, “Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política”, *Gladius*, XXV, 2005, 237-264 (especialmente, 246 y ss). F. Quesada Sanz, “Los celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153”, *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.)*, Homenaje a Antonio Beltrán Martínez, Francisco Murillo Mozota (Ed.), Mara (Zaragoza), 2006, 157.

⁵⁰ *Vid., supra*, nota 9.

⁵¹ F. Burillo Mozota, *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona, 1998, 210 y ss.

⁵² M.P. García-Gelabert y J.M^a Blázquez, “Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología”, *Habis*, 18-19, 1987-1988, 257-270.

⁵³ J.M^a Blázquez, “Los ilergetes en el cuadro de los restantes pueblos ibéricos durante la Segunda Guerra Púnica”, *Coll. Puigcerdá*, VII, 1989, 201-206.

que la primera de ellas había salido triunfante de la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.)⁵⁴. Los planes de Amílcar Barca, padre de Aníbal, con su política expansiva en Iberia⁵⁵, a partir del 237 a. C., ya supuso la primera llamada de atención a aquellos dinastas que se le opusieron, como fueron los casos de Istolacio e Indortes. Apoyando a los cartagineses en primer lugar y dejándose atraer por la hábil política de Escipión, en un momento en el que el futuro Africano aprendía de su “maestro” Aníbal Barca⁵⁶, los líderes indígenas acabaron por inclinarse ante el romano ya desde la toma de Cartago Nova (209 a. C.).

La política de atracción indígena de Escipión⁵⁷, el buen trato dispensado a los rehenes, suscitaba momentáneos parabienes hacia el romano, chocaba de bruces con la severa actitud de los cartagineses en sus exigencias de trato hacia familiares y rehenes. Así Edecón⁵⁸ en primer lugar, e Indíbil posteriormente, apostaron decididamente por el futuro vencedor. Pero pronto el caudillo ilergete caería en la cuenta de que la presencia romana mostraba signos inequívocos de permanencia. Pagaría con su vida⁵⁹ su intento de rebelión, según nos cuenta Livio⁶⁰. Cuando el Senado decide organizar el espacio ocupado (197 a. C.) con la delimitación de dos provincias, Citerior y Ulterior, Culchas y Luxinio⁶¹, reyezuelos de Turdetania, se ponen al frente de una revuelta que sería sofocada con la llegada de un ejército consular, M. Porcio Catón⁶² al frente.

En aquel clima de inestabilidad, en el que se utilizaba la diplomacia y la guerra y en el que los acuerdos no siempre se acataban, acostumbrados además los hispanos a la guerra estacional (primavera-verano), a operaciones limitadas contra vecinos a los que asolaban sus campos de cultivo, destruían sus viñedos, incendiaban sus caseríos, robaban sus ganados y se hacían, mediante el uso de la fuerza, con sus bienes y objetos suntuarios⁶³, la presencia de enemigos más poderosos (como fue el caso de cartagineses y romanos) no hizo sino acrecentar el poderío de las aristocracias militares. Aquellos “señores de la guerra”, con denominaciones diferenciadas en fuentes (según se trate de un poder personal más o menos

⁵⁴ A. Goldsworthy, *La caída de Cartago. Las Guerras Púnicas, 265-146 a. C.*, Madrid, 2002.

⁵⁵ C.G. Wagner, “Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica”, *Gerión*, 17, 1999, 263-294.

⁵⁶ G. Brizzi, *Escipión y Aníbal. La guerra para salvar a Roma*, Madrid, 2009. *Vid.*, también: S. Lancel, *Aníbal*, Barcelona, 1997.

⁵⁷ *Pol., Hist.*, X, 18, 3-12; X, 19, 3-7.

⁵⁸ *Pol., Hist.*, X, 34, 5. E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 180.

⁵⁹ J.M^a Triviño, “Indíbil. Un reyezuelo ibérico en la encrucijada de dos imperialismos”, *CHE*, XXIII-XXIV, 1955, 305.

⁶⁰ XXIX, 1, 19 y XXIX, 2-3. (A. Schulten, *FHA*, III, 355).

⁶¹ T. Livio, XXXIII, 21, 6 y XXXIII, 25, 8 (*Id.*, *FHA*, III, 341). E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 177-178.

⁶² J. Martínez Gázquez, *La campaña de Catón en Hispania*, Barcelona, 1974.

⁶³ F. Quesada Sanz, “Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto (Espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales)”, *Actas reunidas y presentadas por Ángel Morillo, François Cadiou y David Hourcade*, Universidad de León/Casa Velázquez, 2003, 108-109.

asentado legítimamente, o resultado de una imperiosa necesidad bélica...), conforme los menciona el historiador de turno no podían, dentro de aquel contexto, ser otra cosa que jefes de guerra o caudillos militares⁶⁴. Las relaciones de éstos con los magistrados romanos muestran además la importancia de los vínculos personales en la línea de la clientela romana y de la *devotio* ibérica, nexo de fidelidad, este último, en ningún caso privativo⁶⁵ de pueblos hispanos.

La guerra⁶⁶ es el escenario en el que se desenvuelven los pueblos de Iberia y algunos ofrecen tenaz resistencia⁶⁷, como fue el caso de lusitanos y celtíberos⁶⁸. Los jefes de este tipo de acciones (razzias estacionales), como los de unos tales Púnico y Caisaros, según nos mencionan las fuentes⁶⁹, dan pie al comienzo de incursiones sobre la Bética (154 a. C.). Los ataques de los lusitanos pueden incluso llegar a animar a los celtíberos, quienes se lanzan a una guerra dura⁷⁰.

Este tipo de jefes de guerra reparten los frutos de su botín convirtiéndose en capitanes-redistribuidores de riqueza⁷¹. El jefe militar puede surgir de una acción vergonzosa por parte del ocupante y como rechazo a un genocidio⁷². Determinadas acciones, a todas luces condenables⁷³, que Apiano muestra sin tapujos y con velada simpatía hacia los indígenas, no hacen sino empeorar las cosas⁷⁴.

⁶⁴ E. Pitillas Salañer, “Jefaturas indígenas en el marco de la conquista romana en Hispania y la Galia”, *HAnt.*, XXI, 1997, 107-108.

⁶⁵ M.D. Dopico Caínzos, “El hospitium celtibérico. Un mito que se desvanece”, *Latomus*, 48, 1989, 19-35.

⁶⁶ Y. Garlan, *La guerra en la Antigüedad*, Madrid, 2002. F. Cadiou, *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’Hispanie sous la République (218-45 av. J.C.)*, Madrid, 2008. VV.AA., *Historia militar de España, I, Prehistoria y Antigüedad*, Martín Almagro-Gorbea (Coordinador), Ministerio de Defensa, 2009. Para otro aspecto a tener en cuenta: A. Pérez Rubio, “Mujer y guerra en el Occidente europeo (siglos III a. C.- I d. C.)”, *Mas allá de la batalla. La violencia en el Mundo Antiguo*, Jordi Vidal/ Borja Antela, Zaragoza, 2013, 97 y ss.

⁶⁷ Para una visión que hace hincapié en otros aspectos que explican por fuerza la posterior integración de las poblaciones indígenas: E. Sánchez Moreno, “De la resistencia a la negociación: acerca de las actitudes y capacidades de las comunidades hispanas frente al imperialismo romano”, *De Fronteras a Provincias. Interacción e integración en Occidente (ss. III- I a. C.)*, Enrique García Riaza (ed.), UIB, 2011, 97-103.

⁶⁸ E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 36-39.

⁶⁹ Que había derrotado, el primero de ellos, a los pretores de la Ulterior, *M. Manlius* y *L. Carpinus Piso*, fue sustituido en sus devastaciones por Caisaros (*Kaisaros*), quien ocupa su lugar (App., *Iber.*, 56).

⁷⁰ “Guerra de fuego” según la conocida expresión de Polibio (*Hist.*, XXXV, 1).

⁷¹ El caso más significativo, si bien aureolado de míticas virtudes, fue le de Viriato: E. Sánchez Moreno, “Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo” (I, II), *Habis*, 32 y 33, 2001-2002, 149-169 y 141-174.

⁷² Este es precisamente el caso de Viriato ante la masacre perpetrada entre los lusitanos por el pretor Servio Sulpicio Galba (App., *Iber.*, 60).

⁷³ A. García y Bellido, *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Madrid, 1975, 69-75.

⁷⁴ Este es uno de los motivos que puede provocar el aumento de la resistencia indígena: E. Pitillas Salañer, “Los “nacionalismos” en el Imperio y su resistencia a la asimilación romana. Estudio de las fuentes”, *HAnt.*, XIX, 1995, 269.

El tipo de táctica empleada por estos señores de la guerra, aunque en las devastaciones habituales fuera el asalto por sorpresa y la guerrilla⁷⁵, cuando se trataba de conflictos de mayor calado, como había ocurrido en la revuelta del 197 a. C. y, posteriormente, en las guerras celtibéricas, no se descarta la batalla campal⁷⁶ ni la formación cerrada. La diferencia con el ejército romano estaría en la composición de esa misma tropa, mucho más estructurada en el caso de la potencia dominante, con mandos intermedios, disciplina, redes de abastecimiento⁷⁷, sistemas de castramentación y un largo etcétera...que haría de los romanos soldados y no guerreros⁷⁸. Así la superioridad del ejército romano (sin esas diferencias brutales que se observan entre las tropas de las potencias coloniales y los indígenas de los territorios colonizables del siglo XIX...) con respecto a hispanos y galos sería manifiesta y ello pese al indiscutible “valor” de los bárbaros⁷⁹. El número de combatientes oscilaría entre los grupos más reducidos (1.000/2.000 hombres), los de tipo medio (3.000/7.000) y los correspondientes al máximo esfuerzo (25.000/40.000)⁸⁰, reservándose estos últimos a alianzas entre ciudades u *oppida*⁸¹ ya de cierta entidad (como podía ser el caso de Segeda⁸² y Numancia, entre las que existían lazos de parentesco), o bien como resultado de la formación de confederaciones tribales⁸³. Estas últimas responderían a situaciones de emergencia en la que uno o varios caudillos encabezarían una campaña militar con posible batalla campal como resultado final.

⁷⁵ A. García y Bellido, “Bandas y guerrillas en las luchas con Roma”, *Hispania*, 5, 1945, 547-604.

⁷⁶ F. Quesada Sanz, “Los celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153”, *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.)*, Homenaje a Antonio Beltrán Martínez, Francisco Murillo Mozota (Ed.), Mara (Zaragoza), 2006, 160 y ss.

⁷⁷ J. Muñoz Coello, “Sobre el abastecimiento al ejército romano durante la conquista de Hispania”, *Habis*, 9, 1978, 243-254.

⁷⁸ El primer paso o uno de los primeros ya se habría producido con Aníbal: F. Quesada Sanz, “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico, XIX jornadas de arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2004)*, Eivissa, 2005, 129 y ss. J.E. Lendon, *Soldados y fantasmas. Historia de las guerras en Grecia y Roma*, Barcelona, 2006, 217 y ss.

⁷⁹ F. Gracia Alonso, *Furor barbari! Celtas y germanos contra Roma (s. IV a. C.-I d. C.)*, Barcelona, 2009.

⁸⁰ F. Quesada Sanz, “Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto (Espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales)”, *Actas reunidas y presentadas por Ángel Morillo, François Cadiou y David Hourcade*, Universidad de León/Casa Velázquez, 2003, 141 y ss.

⁸¹ P. Ciprés, *Guerra y sociedad en la hispania indoeuropea*, Vitoria, 1993, 102-103.

⁸² V. Ramón Palermo, “Fuentes escritas sobre Segeda”, *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.)*, Homenaje a Antonio Beltrán Martínez, Francisco Murillo Mozota (Ed.), Mara (Zaragoza), 2006, 149-167.

⁸³ E. Pitillas Salañer, “Los “nacionalismos” en el Imperio y su resistencia a la asimilación romana. Estudio de las fuentes”, *HAnt.*, XIX, 1995, 273-277.

El caudillo segedano Caro(s) [Káros]⁸⁴ es un ejemplo de jefe militar nombrado ex profeso para neutralizar el ejército consular de Q. Fulvio Nobilior. Los habitantes de Segeda, al no tener concluidas sus defensas, huyen y son acogidos por los arévacos⁸⁵.

La batalla⁸⁶ en la que intenta contener el avance del cónsul romano, aunque no supone una victoria definitiva, acaba frenando el impulso inicial de Nobilior, quien fracasa ante Numancia⁸⁷ (episodio de los elefantes⁸⁸) y sus tropas son diezmadas, posteriormente, por el crudo invierno. Los numantinos habían nombrado, para hacer frente al ataque romano, un mando militar “colegiado”: Ambón y Leucón⁸⁹.

Cuando, años después, Escipión Emiliano rodee totalmente Numancia, Retógenes⁹⁰, al frente de un grupo reducido, sale del *oppidum* y pide ayuda en *Lutia*; pero aquí los ancianos (*seniores*) dan aviso a Escipión, al ver que los jóvenes podían prestar apoyo a los sitiados. La medida de Escipión es expeditiva⁹¹: corta las manos a los que podían portar armas, cuestión que César hizo también en *Uxellodunum*⁹². Esta disparidad entre los ancianos, o personas de más edad, y los jóvenes guerreros marca un episodio dramático posteriormente en *Belgeda*⁹³, lo que habla por sí sólo de las tensiones entre ambos, y quizá entre miembros del consejo (más inclinados hacia la diplomacia y la paz) e integrantes de las asambleas de guerreros (más proclives a la guerra)⁹⁴. El fracaso de Avaro(s)⁹⁵, el negociador que intenta llegar a un acuerdo con Escipión (que este último no desea) es otro ejemplo de esa desconfianza hacia el que puede buscar una salida privilegiada (?), en una situación de paroxismo en el que se encontraban los habitantes de

⁸⁴ Caro (Káros): E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 175-176.

⁸⁵ App., *Iber.*, 45. Flor., I, 34, 3.

⁸⁶ 23 de agosto del 153 a. C. Para una cuestión detallada de efectivos y bajas entre los celtíberos tomando como referencia esta campaña: F. Quesada Sanz, “Los celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153”, *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.)*, Homenaje a Antonio Beltrán Martínez, Francisco Murillo Mozota (Ed.), Mara (Zaragoza), 2006, 149 y ss.

⁸⁷ A. Sancho Royo, “En torno al “bellum numantinum” de Apiano”, *Habis*, 4, 1973, 23 y ss. *Id.*, “Consideraciones en torno al testimonio de Apiano y Diodoro como fuente para las guerras celtiberolusitanas”, *SEEC. Unidad y pluralidad del Mundo Antiguo. Actas del VII Congreso Español de EE.CC.*, Madrid, 1983, 19 y ss.

⁸⁸ App., *Iber.*, 46.

⁸⁹ Ambón y Leucón: E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 175-176.

⁹⁰ Retógenes (Caraunio): *Id.*, *ibidem*, 172.

⁹¹ App., *Iber.*, 94.

⁹² Localidad de los *cadurci* (RE, IX-A-2, 1309), ubicada en Puy d’Issolu en Veyrac (departamento de Lot). Hirt., *Bell Gall.*, VIII, 7, 44. Oros., VI, 11, 29.

⁹³ App., *Iber.*, 100.

⁹⁴ Sobre los jefes de la guerra y los jefes de la paz: J. Muñiz Coello, “Rango y contienda. La cuestión del poder entre los celtas”, *Gerión*, 27, 1, 2009, 301 y ss.

⁹⁵ Avaro (s): E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 173.

Numancia, dispuestos al último sacrificio y al suicidio colectivo y que recuerda, forzosamente, entre otros, los casos de Astapa⁹⁶ y Masadá⁹⁷.

V

Las alianzas o confederaciones tribales fueron especialmente relevantes entre los galos⁹⁸ de creer las cifras que aporta César en sus *Comentarii*. En el año 57 a. C.⁹⁹ la aportación de los diferentes colectivos, dirigidos por *Galba*, caudillo de los *suessiones*, comporta un total que se aproxima o supera los 300.000 hombres¹⁰⁰. Sobre este tipo de cifras existen serias discrepancias a la hora de aceptarlas. Un ejército efectivo, superior a los 40.000 combatientes, podía tener problemas logísticos. Ahora bien, el hecho de que se manejen cantidades de tal envergadura, no supone entender —automáticamente— la presencia concentrada, y en un espacio concreto, de tales contingentes (se trataría en todo caso de una aportación global, comprometida por cada uno de los colectivos pero que, difícilmente, operaría al unísono en un espacio determinado y que, en todo caso, se hallaría repartida en cada una de las áreas territoriales de influencia de cada tribu...). De los pueblos belgas el más renombrado por su valor, según el propio César, eran el de los *nervii*, y de los jefes militares, el más escurridizo, el eburón *Ambiorix*¹⁰¹. Entre los *haedui* (eduos) *Dumnorix*¹⁰², enemigo de César, ejerce una notable influencia sobre su pueblo. En el año 52 a. C. estalla la gran revuelta generalizada en Galia. Cada colectivo aporta importantes contingentes¹⁰³ y, a pesar de las iniciales victorias de *Vercingetorix*¹⁰⁴, el célebre caudillo arverno y

⁹⁶ Caso de fidelidad extrema a los cartagineses: T. Liv., XXVIII, 22-23. App., *Iber.*, 33. *Vid.*, la comparación entre los relatos de Apiano y Livio: F. J. Gómez Espelosín, “Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano”, *Gerión*, 2009, 27, 1, 235 y ss.

⁹⁷ Y. Yadin, *Masada. La fortalezas de Herodes y el último bastión de los Zelotes*, Barcelona, 1977.

⁹⁸ “Se congregan fácilmente en grandes masas por esa simplicidad tan suya que les empuja a solidarizarse siempre con las protestas del vecino si creen que es tratado injustamente” (Estrabón, *Geogr.*, IV, 4, 2, C. 195).

⁹⁹ A. Pérez Rubio, “La colación belga del 57 a. C. La guerra como elemento en la construcción identitaria y la evolución política en la Galia de la Segunda Edad del Hierro”, *Revista ArqueUCA*, 1, 2011, 77-84.

¹⁰⁰ *Bellovaci* (100.000/60.000), *suessiones* (50.000), *nervii* (50.000), *morini* (25.000), *atrebates* (15.000), *ambiani* (10.000), *caleti* (10.000), *veliocasses* (10.000), *viridomandui* (10.000), *atuatuci* (10.000), *menapii* (7.000), *condrusi-eburones-caeroesi* y *paemani* (40.000) [Caes., *bell. Gall.*, II, 3-4]. Otros historiadores aportan cifras parecidas: 272.000 combatientes selectos (Oros., VI, 7, 15) y capacidad de los belgas de poner en armas un total de 300.000 combatientes (Estrabón, *Geogr.*, IV, 4, 3, c. 196).

¹⁰¹ *Ambiorix*: E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 171-172.

¹⁰² *Dumnorix*: Id., *ibidem*, 180.

¹⁰³ La cifra global dada por César: 240.000 infantes y 8.000 jinetes (Caes., *bell. Gall.*, VII, 76, 3).

¹⁰⁴ *Vercingetorix*: E. Pitillas Salañer, *Roma. La forja de un imperio*, Zaragoza, 2010, 185-186.

digno rival del procónsul, aunque impone una severa disciplina¹⁰⁵, la confederación se desmorona ante la doble *circumvallatio* de Alesia, impuesta por César¹⁰⁶. Las ayudas desde el exterior (encabezados por el atrebate *Commius*, los eduos *Viridomarus* y *Eporedorix* y el arverno *Vercassivellaunus*) se estrellan ante el sistema defensivo romano y, finalmente, el héroe “nacional” galo¹⁰⁷ acaba entregando ceremoniosamente sus armas al magistrado romano¹⁰⁸. César fue capaz de echar abajo importantes alianzas (no comparables a las que los hispanos pudieron presentar a Roma que grosso modo entrarían dentro de los cálculos señalados más arriba, en torno a 25.000 hombres)¹⁰⁹. Así en Hispania el cómputo total de legiones que operarían, en ambas provincias, oscilaría de dos (en los momentos de calma) a cuatro (en los de mayor peligro)¹¹⁰.

En resumen, los ejemplos anteriores son sólo una pequeña muestra de este tipo de conflictos dentro del proceso de conquista romana de Hispania y Galia y que, los mandos (por lo general temporales, al igual que las alianzas intertribales) responderían a situaciones-límite en las que, por fracaso de los mecanismos diplomáticos¹¹¹ (que aquí no se pretende negar) los pueblos indígenas decidían probar suerte y enfrentarse abiertamente a Roma. La conquista de Hispania por Roma es dilatada (218 al 19/16 a. C.), con ritmos en los que alternan enfrentamientos y otros momentos de paz (por lo que obviamente permite también otra lectura diferente a la de la guerra). En caso de la Galia es bien distinto, ya que César se hace con el control de la misma en poco tiempo (58-51 a. C.), aunque ello no evite más tarde se produzcan rebrotes de postconquista¹¹² como las revueltas de Floro y de Sacróvir en época del emperador Tiberio¹¹³.

¹⁰⁵

Caes., *bell Gall.*, VII, 4, 9-10.

¹⁰⁶ J. Le Gall, *Alesia, archeologie et histoire*, París, 1964. Los “campos de minas” (a base de *cippi*, *lilia* y *stimuli*) colocados por César en Alesia: F. Quesada Sanz, *Armas de Grecia y Roma. Forjaron la historia de la Antigüedad clásica*. Madrid, 2008, 283.

¹⁰⁷ Citado cuarenta y dos veces en los *Comentarii*. M. Rambaud, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*, París, 1966, 303. *Id.*, entre otros, J. Harmand, *Vercingétorix*, París, 1984. R. Potier, *Le genie militaire de Vercingétorix et le mythe Alise-Alesia*, Clermont-Ferrand, 1973.

¹⁰⁸ Según lo inmortalizara el óleo de Lionel Noel Royer (1899).

¹⁰⁹ Lo que ya supondría una coalición de gran envergadura. Téngase en cuenta también, como ya se indicó algo más arriba, que las cifras dadas por Cesar no responderían a totalidades de guerreros en un mismo frente (o espacio reducido), dados los problemas de logística y avituallamiento. Para algunos ejemplos: E. Pitillas Salañer, “Los “nacionalismos” en el Imperio y su resistencia a la asimilación romana. Estudio de las fuentes”, *HAnt.*, XIX, 1995, 273 y ss.

¹¹⁰ F. Cadiou, *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la République (218-45 av. J.C.)*, Madrid, 2008, 88-89 y 116.

¹¹¹ Así interpreta la entrevista entre Corocotta y Augusto: A. Oejo Herrero, *Augusto y Corocotta. Conciliación en Hispania (s. I a. C.)*, Santander, 2009.

¹¹² S.L. Dyson, “Native Revolt Patterns in the Roman Empire”, *ANRW*, II, 3, 1975, 138-175.

¹¹³ E. Pitillas Salañer, “Levantamientos en la Galia, África y Tracia durante el reinado de Tiberio”, *HAnt.*, XX, 1996, 137-148.

Entre los pueblos celtas, entre quienes el combate individual formaba parte de su peculiar sentido de la vida y religiosidad¹¹⁴, puestos en la tesitura de defender vidas, libertad y bienes, seguramente su posicionamiento respondía al comportamiento habitual, que no podía ser otro que el de las armas, si bien no sopesaron debidamente la capacidad militar de la poderosa potencia romana. Sus líderes, en la mayoría de los casos, no podían ser otra cosa que jefes militares, si bien las fuentes (griegas y romanas) emplearon la terminología al uso para, según casos, tratar de matizar su poder personal. Pero en el área celta fue la aristocracia militar, la que, contando con el apoyo de asambleas de guerreros, la que decidiría en los momentos de mayor peligro el camino a seguir.

La derrota militar conllevaría el sometimiento. Los resultados los contemplarían otras generaciones encaminadas ya por la senda de una mayor y eficaz asimilación. Así, el final de las guerras astur-cántabras (29/19-16 a. C.) aportaría, a su vez, la participación de auxiliares en el ejército romano. La Galia, en época de Claudio, estaba inmersa ya en ese proceso irreversible de integración: años después, *C. Iulius Vindex*¹¹⁵, a pesar de sus críticas a Nerón, fue ejemplo de esto último...

¹¹⁴ Entre los celtíberos, sin ir más lejos, como lo muestran algunos de los sugerentes párrafos de: G. Sopeña Genzor, *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, 1995.

¹¹⁵ *RE*, X-1, 879-881. P. A. Brunt, "The revolt of Vindex and the fall of Nero", *Latomus*, XVIII, 1959, 531-559.